



CAPÍTULO V

La Pascua.—Los israelitas se enriquecen con los despojos de Egipto.—Su número.—Su regla de conducta para con los extranjeros.—Época de su salida.—Consagración de los primogénitos á Dios.—La columna de nube.—Israel, tipo del género humano y de los individuos.—Faraon les persigue.—Paso del mar Rojo.—Sumersión de los egipcios.—Tradiciones sobre este paso entre los árabes ribereños, los griegos, y los egipcios.—Si Faraon sobrevivió á este desastre, y cuál es el que entonces reinaba.—Por qué la Escritura no habla de Sesostris.—Los sepulcros de los reyes de Egipto.—La incredulidad y los zodiacos.—El paso del mar Rojo, contado por los filisteos y los ammonitas.—El pueblo de Israel figura del pueblo cristiano

Anteriormente, ya el Señor había dicho á Moisés y á Aaron en la tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros principio de meses y el primero entre los meses del año. Hablad á toda la asamblea de los hijos de Israel, y decidles: El día décimo de este mes tome cada uno un cordero, por sus familias y casas. Y si el número es menor de lo que puede bastar para comer el cordero, tomará á su vecino, que está junto á su casa, segun el número de almas que pueden bastar para comer el cordero. Ahora bien: este cordero será sin defecto, macho, de un año, conforme á cuyo rito tomareis tambien un cabrito, y le tendreis guardado hasta el día catorce de este mes, y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará entre las dos tardes. Tomarán de su sangre y pondrán sobre los dos postes y sobre los dinteles de las casas en que lo comieren. En aquella noche comerán las carnes asadas al fuego, y panes ázimos con lechugas silvestres. No comereis de él nada crudo ni cocido en agua, sino sólo asado al fuego; comereis la cabeza con sus piés é intestinos. Y no quedará nada de él para la mañana; si sobrare alguna cosa, la quemareis al fuego. Lo comereis de esta manera: ceñireis vuestros lomos, tendreis zapatos en los piés y báculos en las manos, y lo comereis apresuradamente, porque es la fase ó el paso del Señor (ó bien segun el hebreo, es el paso, la víctima del paso al Señor). Pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré de muerte á todo primogénito en

la tierra de Egipto, desde el hombre hasta la bestia; y en todos los dioses de Egipto haré juicios yo el Señor. Ahora bien: la sangre os será por señal; en las casas donde estuviéreis verá esta sangre y pasará más allá de vosotros, y la plaga de muerte no os tocará cuando hiriere á la tierra de Egipto. Tendreis á este día por monumento; lo celebrareis como una fiesta al Señor; lo celebrareis en vuestras futuras generaciones con culto perpétuo. Por espacio de siete dias comereis panes ázimos; desde el primer dia no habrá levadura en vuestras casas; todo el que comiere pan con levadura, desde el primer dia hasta el sétimo, aquella alma perecerá de Israel. El primer dia será santo y solemne, y el sétimo será venerado con igual solemnidad; ninguna obra hareis en ellos, exceptuadas las que pertenecen al comer. Guardad bien este mandato, porque en este mismo dia sacaré vuestro ejército de la tierra de Egipto.»

Habiendo salido Moisés, por última vez, de la presencia de Faraon, llamó á todos los ancianos de Israel y les dijo: «Id y tomad un cordero por cada familia, é inmolad la Pascua. Mojad un manojo de hisopo en la sangre, que está en el umbral, y rociad con ella el dintel y los dos postes; ninguno de vosotros salga de la puerta de su casa hasta la mañana, porque pasará el Señor hiriendo á los egipcios, y luego que viese la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará la puerta de la casa y no dejará al castigador entrar en vuestras casas y ha-

cer daño. Guarda este mandato que ha de ser como una ley para tí y para tus hijos, por siempre jamás. Y cuando entráreis en la tierra que el Señor os ha de dar, como lo tiene prometido, observareis estas ceremonias. Cuando os preguntaren vuestros hijos: ¿Qué rito es este? Les respondereis: Es la víctima del paso del Señor, cuando pasó sobre las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo á los egipcios y dejando salvas nuestras casas.»

A estas palabras de Moisés, el pueblo, en las personas de los ancianos ó senadores que le representaban, se inclinó y adoró. Todos los hijos de Israel se fueron é hicieron como el Señor había mandado á Moisés y á Aaron.

Y aconteció que á la mitad de la noche hirió el Señor á todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraon, que se sentaba en su trono, hasta el primogénito de la esclava que estaba en la cárcel, y á todo primogénito de las bestias. Faraon se levantó de noche, y todos sus siervos y todos los egipcios; movióse un gran clamor en Egipto, porque no había casa en donde no hubiese un muerto. Faraon llamó á Moisés y á Aaron la misma noche, y les dijo: «Levantaos, y salid de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel; id, sacrificad al Señor como decís. Tomad tambien vuestras ovejas y ganados mayores, como lo habeis exigido. Partid, pero al mismo tiempo bendecidme.»

En cuanto á los egipcios, estrechaban al pueblo para que saliese prontamente de la tierra, diciendo: «Moriremos todos.» En esta precipitación, el pueblo tomó la harina amasada antes que se le pusiese levadura, y envolviéndola en los mantos, púsola sobre sus hombros. Los hijos de Israel hicieron tambien lo que Moisés les había dicho, y pidieron á los egipcios alhajas de plata y oro y muchísimos vestidos. Y el Señor les hizo encontrar gracia ante los egipcios, para que les prestasen lo que pedían, y despojaron de este modo á los egipcios (1).

La sabiduría nos dice, que dió así á los justos el precio de sus trabajos (2). En efecto: este oro, esta plata, no era más que el legítimo sa-

(1) Exodo, 12, 36.
(2) Sap., 10, 17.

lario de las ciudades construidas y de los canales escavados, de las pirámides construidas con tanta fatiga; no era más que una débil compensación que el Soberano dueño de todos los bienes concedía á una nacion oprimida. Era injustamente y contra el derecho de gentes el que los egipcios hubiesen reducido á esclavitud á los israelitas, que les hubiesen condenado á trabajos públicos y privados sin darles ningun salario, y el haber condenado á muerte á todos los hijos varones. Estos estaban, pues, en el derecho de tratarles como á enemigos; sin embargo, se limitaron á pedir una indemnización, que sus antiguos opresores no se atrevieron á rehusar, temiendo perecer como sus primogénitos.

El historiador Josefo dice que los egipcios hicieron presentes considerables á los hebreos, unos para obligarles á que salieran más prontamente, otros por aprecio y por la amistad que juntamente habían tenido (1).

Los hijos de Israel partieron, pues, de Ramsés por Soccoth, cerca de 600.000 hombres de á pié, sin contar los niños. El número no es aquí más que aproximado. El año siguiente, en numeración más exacta, habrá 602.550, sin contar los levitas, que subirán á 20.000 y más. Este total no comprende ni á los decrepitos, ni á las mujeres, ni á los niños, sino solamente á los hombres de guerra, de veinte á sesenta años. Multiplicando estos 600.000 combatientes por cinco, para tener la población entera, esta se aproximará á cerca de tres millones. Se ha calculado que las personas que entraron con Jacob en Egipto, pudieron multiplicarse hasta este punto en el intervalo, aún sin una fecundidad extraordinaria. Se ve por esto que el Faraon que fué el primero en oprimir á Israel, no lo hacia sin razon. Hé aquí que este pueblo llega á ser más numeroso y más poderoso que nosotros. En efecto, Diodoro de Sicilia cuenta que antiguamente se decia que la población de Egipto se elevaba á cerca de siete millones, y que en su tiempo no tenia ménos de tres; de suerte, que bajo este concepto no le excedía ningun país (2). Supuesto,

(1) Antiq., lib. II, c. IV.
(2) Diod., lib. I, c. XXXI.



pues, que en la época de Moisés la población del Egipto, en su más alto grado, fué de cerca de siete millones, los israelitas constituían casi cerca de la mitad. Lo que lo confirma, es que el mismo autor da al famoso conquistador egipcio Sesostris 600.000 infantes, con unos 50.000, así de caballería como de carros de guerra, es decir, un ejército un poco mayor que el que podían tener los israelitas bajo Moisés (1).

Pero los hijos de Israel no salieron solos. No solamente llevaban innumerables rebaños de ganado mayor y menor, sino que además eran seguidos, nos dice la Escritura, de un gentío inmenso de diversas naciones. El epíteto de *inmenso*, al lado de un pueblo de tres millones, nos debe hacer apreciar este *tropel* por lo ménos en algunos centenares de miles (2). Era una mezcla de egipcios y otros extranjeros, que, movidos por las maravillas del Altísimo, profesaban su culto y se unieron al pueblo escogido. Aunque los hebreos formasen una nación separada de todas las demás, no eran en manera alguna inhospitalarios. Todo extranjero que adorase al verdadero Dios, podía establecerse en su país; recibía la circuncisión y adquiría todos los derechos de un hebreo de origen. Aunque los israelitas hubiesen sufrido una tan larga y tan dura opresión en Egipto, no tenían ninguna aversión particular á sus habitantes. Al contrario, se le dirá: «No tendrás abominación al idumeo, porque es tu hermano; ni al egipcio, porque has permanecido en su país como extranjero. Sus descendientes estarán en la tercera generación en la iglesia del Señor (3); es decir, serán incorporados enteramente á los descendientes de Jacob.» En fin, les será dado este mandato: «No molestareis al extranjero que habitará entre vosotros, sino que le amareis como á vosotros mismos, porque vosotros también habeis sido extranjeros en Egipto; yo, el Señor vuestro Dios (4).» Y el carácter particular del pueblo hebreo y las maravillas de que era objeto, todo era muy á propósito para que fijasen

(1) Exodo, lib. 1, c. LIV.
 (2) El targo de Rabbi Jonathan Ben-Uziel, Exodo, 12, 38, eleva el número á 2.400.000.
 (3) Deut., 23, 7 y 8.
 (4) Levit., 19, 33 y 34.

en él su atención los hombres de buena voluntad, y para hacerle el centro de su fe y de su culto. Se ve por el gran número que le siguió de Egipto, que las miradas misericordiosas de la Providencia no eran desconocidas de todos. No hay que dudar que en Egipto mismo no la profesasen igualmente otros muchos, sin abandonar, sin embargo, su país.

El tiempo que los hijos de Israel permanecieron en Egipto y en la tierra de Canaan, ellos y sus padres, fué de 430 años. Esto es lo que dicen de una manera expresa, no sólo el texto samaritano, sino el griego de los Setenta. El hebreo, y por lo tanto la *Vulgata* latina, no tienen estas palabras: *Y en la tierra de Canaan*, que parecen haber sido omitidas por los copistas. Siempre resulta que, conforme al samaritano y al griego, San Pablo cuenta 430 años desde las promesas de Dios á Abraham hasta la ley de Moisés, que fué promulgada cincuenta días despues de la salida de Egipto (1). El historiador Josefo dice igualmente que los israelitas salieron de este país en el mes de Nisan, el décimoquinto de la luna, 430 años despues que su padre Abraham fué al país de Canaan, y 215 despues que Jacob entró en Egipto con su familia (2).

Al fin de estos 430 años, durante la noche, en un mismo día, fué cuando todos los ejércitos del Señor salieron de la tierra de Egipto (3). En todas las tribus no había ni un enfermo (4). Los egipcios les habían estrechado tan fuertemente á salir, que no tuvieron tiempo de hacer ninguna provision de víveres. Habían llevado solamente harina amasada, que no había tenido tiempo de fermentar; é hicieron sobre el camino mismo panes ázimos, cocidos al rescoldo (5). El Señor les hizo marchar, no confundidos los unos con los otros, sino distribuidos todos en sus cuerpos de ejército (6). Era probablemente ya el mismo orden que vemos descrito más adelante. La tribu de Judá abría la

(1) Galat., 3, 15, etc.
 (2) Antiq., lib. II, c. VI.
 (3) Exodo, samarit., 12, 41.
 (4) Ps. 104, 37.
 (5) Exodo, 12, 39 y 42.
 (6) Ibid., v. 51.



marcha con las de Isacar y de Zabulon, y acampaban las tres al Oriente; venían despues las tribus de Ruben, de Simeon y de Gad, que acampaban al Mediodía; en tercer lugar, las tribus de Efraim, de Manassés y de Benjamin, que acampaban al Occidente; en fin, las tribus de Dan, de Aser y de Neftalí cerraban la marcha y acampaban al Septentrion. La tribu de Levi, con Moisés y Aaron, ocupaba el centro (1).

Moisés lleva también con él los huesos del salvador de Egipto, de José, por haber juramentado á los hijos de Israel, diciendo: «Dios os visitará; llevad de aquí mis huesos con vosotros.» Segun una tradicion de la Sinagoga, confirmada por San Estéban y San Jerónimo, los israelitas llevaron también los huesos de los doce patriarcas hermanos de José (2).

El mismo día de la salida, Moisés reiteró á los hijos de Israel, de parte de Dios, la ley para la celebracion de la Pascua, cuando hubiesen entrado en la tierra prometida. No usaron por espacio de siete días más que pan sin levadura. La Pascua se comerá en la misma casa; no se sacará fuera nada de sus carnes, y no se romperá ningun hueso. El extranjero incircunciso no participará de ella; si recibe la circuncisión, participará como el indigena. La misma ley regirá para los habitantes del país que para los extranjeros que permanezcan entre ellos. Esta ley de la Pascua debía recordar todos los años para siempre la maravillosa salida de Egipto; el padre debía explicársela á sus hijos (3). Y hoy mismo, despues de más de treinta y seis siglos, los restos dispersos de Israel observan aún esta ley.

Una segunda ley dada el mismo día, perpetuaba constantemente el mismo recuerdo; esta es la consagración de los primogénitos. Todo primogénito era consagrado al Señor. El primogénito de los animales puros le era inmola-do; el primogénito de los animales impuros era trocado por una oveja ó se le daba muerte; el primogénito del hombre era siempre rescatado por dinero. Y cuando te preguntare tu hijo

(1) Núm., 2.
 (2) Act., 7, 15 y 16. Hieron, *De Paula Epitaphio*.
 (3) Exodo, 12 y 13.

el día de mañana, diciendo: «¿Qué es esto?» le responderás: «Con mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Porque habiéndose endurecido Faraon, y no queriendo dejarnos ir, mató el Señor á todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito de las bestias. Por esto, sacrificio al Señor todo primogénito de su madre, y rescato todos los primogénitos de mis hijos (1).»

Los israelitas, así ordenados por tribus y armas, partieron de Socoth y acamparon en Ethán á la extremidad del desierto. El Señor iba delante de ellos para mostrar el camino; de día, en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego, para ser guía del camino en uno y otro tiempo. Nunca faltó la columna de nube por el día ni la columna de fuego por la noche delante del pueblo.

Dios no les condujo por el camino de la tierra de los filisteos, porque estaba próxima, considerando que el pueblo acaso, si viese que se levantaban guerras contra él, no se arrepintiese y se volviera á Egipto, sino que los llevó rodeando por el camino del desierto, que está junto al mar Rojo.

Lo principal no era introducir á Israel en la tierra de Canaan, sino introducirle de modo que fuera para siempre el tipo profético, no sólo de cada individuo, sino de la humanidad entera. Pues para el individuo y para el género humano hay igualmente una tierra prometida, el estado perfecto del uno y del otro. Para esto es necesario que uno y otro sean librados desde luego de la antigua servidumbre por la sangre de la más admirable víctima; es necesario que atraviesen un mar Rojo, que recorran áridos desiertos, que sufran combates en el exterior y rebeliones en el interior; es necesario que se convenzan por largas y duras experiencias que sólo Dios es su dueño, su ley, su guía, su sosten. Hasta despues de haber sido castigados, probados, consolados, abatidos, relevados, cambiados, renovados enteramente, no entrarán en su tierra de leche y de miel, no ya conducidos por Moisés, legislador elemental, sino bajo el

(1) Exodo, 13.



mando de Josué, ó de Jesús, jefe de la perfeccion.

Por este designio, entre otros, fué por lo que los israelitas, que habian acampado en Ethán, en la extremidad septentrional del mar Rojo, de donde podian fácilmente continuar su camino, ya por la tierra de Madian, en donde estaba Jethró, ya por Idumea, ya por la tierra de los filisteos, Dios les hizo volver sobre el desierto que está entre este mar y el Egipto. Faraon dirá de los hijos de Israel: «Están estrechados en la tierra; el desierto los tiene cerrados.» «Yo endureceré su corazon, dijo el Señor á Moisés, y os perseguirá; y seré glorificado en Faraon y en todo su ejército; y sabrán los egipcios que yo soy el Señor.» Los israelitas lo hicieron así y colocaron su campamento cerca del mar, frente á frente de Fihahiroth y de Beelsefón, que parecen haber sido dos gargantas de montañas.

Lo que el Señor habia predicho no tardó en suceder. Luego que se dió aviso á Faraon de que los hijos de Israel huían para no volver más, en atencion á esto se cambió su corazon, así como el de sus ministros. Se dijeron: «¿Qué hemos querido hacer dejando ir á Israel para que no nos sirviese?» Unció, pues, su carroza y tomó consigo todo su pueblo, seiscientos carros escogidos, y todos los carros que se hallaron en Egipto, y los capitanes de todo el ejército. El historiador Josefo escribe que el ejército de Faraon era de seiscientos carros, cincuenta mil caballos y doscientos mil infantes (1). Que si extraña ver tantos caballos en Egipto, despues de haber dicho que el granizo y la peste les habia dado muerte, es necesario acordarse que estas dos plagas no mataron más que á las bestias que se habian dejado en los campos, y no las que se habian retirado á las casas.

Al punto los hijos de Israel, levantando los ojos, vieron al Egipto marchando en su persecucion. Temieron en extremo, y clamaron al Señor. En cuanto á Moisés, ellos le dijeron: «Quizá no habia sepulcros en Egipto, y por eso nos has traído á que muriésemos en el desierto; ¿qué quisiste hacer con sacarnos de Egipto?»

(1) Ant., lib. II, c. VI.

¿No es esta la palabra que te hablábamos en Egipto, diciendo: Retírate de nosotros, para que sirvamos á los egipcios, puesto que nos era mucho mejor servir á ellos que morir en el desierto?» Pero Moisés respondió al pueblo: «No temais, estad firmes, y vereis las maravillas del Señor que ha de hacer hoy, pues los egipcios que ahora veis ya nunca jamás los volveréis á ver. El Señor combatirá por vosotros, y vosotros callareis.»

Ya el Señor habia dicho á Moisés: «¿Por qué clamas á mí? Dí á los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar y divídele, para que caminen en seco los hijos de Israel por medio del mar. Y yo endureceré el corazon de los egipcios para que vayan tras vosotros; y seré glorificado en Faraon, y en todo su ejército, y en los carros y caballería de él. Y los egipcios sabrán que yo soy el Señor.»

Al mismo tiempo el ángel de Dios, ó como puede significar el texto original, el Angel-Dios que marchaba delante del campo de Israel, se puso detrás de ellos, y con él la columna de nube que estaba delante se colocó tambien detrás, entre el campo de los egipcios y el campo de Israel. Esta nube era tenebrosa para los primeros, mientras que la parte que miraba á los hebreos se dejaba ver llena de claridad y de luz, de manera que no pudieron aproximarse los unos á los otros en toda la noche.

Cuando Moisés extendió su mano sobre el mar, el Señor la hizo retirar por un viento de Oriente impetuoso que sopló toda la noche, y la puso seca, y las aguas fueron divididas. Los hijos de Israel entraron por medio del mar seco, porque el agua estaba como un muro á derecha é izquierda de ellos. Y siguiendo el alcance los egipcios, entraron tras ellos, y toda la caballería de Faraon, sus carros y gente de á caballo por medio del mar. Era ya llegada la vigilia de la mañana, y hé aquí que asomándose el Señor sobre el ejército de los egipcios por entre la columna de fuego y de nube, les puso en confusion por medio de truenos y rayos, embarazó las ruedas de los carros, de modo que marchaban con dificultad. Los egipcios se dijeron: «Huyamos delante de Israel, porque



el Señor combate por ellos contra nosotros.» Pero el Señor dijo á Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, para que se vuelvan las aguas á los egipcios sobre sus carros y la caballería de ellos.» Y habiendo extendido Moisés la mano contra el mar, volvió este al rayar el alba al lugar primero, y huyendo los egipcios, les salieron al encuentro las aguas y los envolvió el Señor en medio de las olas; y se volvieron las aguas y cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Faraon que habian entrado en el mar en su seguimiento: ni uno solo quedó de ellos. Mas los hijos de Israel pasaron por medio del mar seco, y las aguas eran para ellos como muro á derecha é izquierda.

Israel fué salvado así en este día. Vió á los egipcios muertos sobre la orilla del mar. Cuando el pueblo consideró el gran poder que el Señor habia desplegado contra ellos, temió al Señor y creyó en él, así como en Moisés su siervo (1).

Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron el magnífico y sublime cántico al Señor, *Cantemus Domino*, etc.

Las montañas de Arabia, que fueron las primeras en resonar los dulces ecos de este canto, parecen repetirle aún. Los árabes que habitan sobre el mar Rojo dan á cierto valle, que termina en el mar por una pequeña bahía, el nombre de Tiah-beni-Israel, ó el camino de los hijos de Israel, y esto en virtud de una tradicion que han conservado hasta este día, que indica que este pueblo pasó por allí. La llaman tambien Bedé, es decir, suceso desconocido y nuevo. Esto es lo que nos dice un sábio inglés, que lo aprendió él mismo sobre estos lugares (2).

Los ecos de este prodigio se encuentran hasta en la historia profana. Segun cuenta Diodoro de Sicilia, habia entre los ictiófagos, habitantes de estas mismas costas, una tradicion conservada de sus antepasados, segun la cual un día hubo un gran reflujó que dejó todo el golfo en seco, de modo que apareció tapizado de verdura; pero despues de haber descubierto

(1) Exodo, 14.

(2) Shaw, *Viaje de la Berberia y del Levante*, tomo II, pag. 31.

la tierra hasta el fondo, de repente, por un reflujó violento, se volvió á colocar en su lugar primitivo (1).

Justino, compendiador de Trogo Pompeyo, despues de haber contado bastante exactamente la historia de José, hijo de Israel, su venta por sus hermanos, su deportacion á Egipto, su habilidad en interpretar los sueños, su prevision de los años de escasez, la manera que tuvo de salvar á Egipto de una ruina total, añade: «Su hijo fué Moisés, notable, no sólo por la ciencia que heredó de su padre, sino tambien por una gran belleza. Entre tanto, los egipcios, afligidos de lepra y sarna, habiendo sido advertidos por un oráculo, le arrojaron con los enfermos, por miedo de que la peste no infestase á mayor número. Habiendo llegado á ser el jefe de los desterrados, arrebató las cosas sagradas de los egipcios; estos, habiéndoselas exigido con las armas en la mano, se vieron precisados á ceder por las tempestades (2). En esta relacion del autor latino, no es difícil reconocer la verdad en medio de algunas alteraciones.

Estrabon asigna á la emigracion de Moisés y de su colonia otra causa igualmente verdadera en un sentido. Esta fué el respeto por la divinidad que este legislador, así como un gran número de hombres sensatos con él, veia con pena asimilarla á los animales por los egipcios, divinidad que ellos decian era una, y debia ser adorada sin figura alguna (3). Esto es lo que explica tambien Tácito: «El Egipto adora á muchos animales, y se talla imágenes; los judíos no conciben á Dios más que por el pensamiento, y no reconocen más que uno solo. Tampoco toleran ninguna efigie en sus ciudades, y mucho ménos en sus templos. Nada de estatuas, ni para lisonjear á los reyes, ni para honrar á los Césares (4).»

Artapán, citado por Eusebio, cuenta desde luego cómo el rey de Egipto, vencido por los prodigios de Moisés, dejó ir á los hebreos, y cómo estos, cargados de riquezas que les habian concedido los egipcios, habian llegado en

(1) Diodoro, lib. III, c. XL.

(2) Justino, lib. XXXVI, c. II.

(3) Estrab., lib. XVI, c. II.

(4) Tac., *Hist.*, lib. V, c. V.